Vendetta escatológica

Luis Felipe Muñoz Yusti

Image not found.

Capítulo 1

Esta nueva aventura tan verídica como que dos y dos son cuatro y tan llena de menudencias de infinita gracia ocurriole a un gran amigo mío, el cual nombre suyo ocultare por temor a que el otro animalejo implicado en este jocoso suceso tomase represalias en desagravio por su desgracia, eso con el principio de buena fe, de que aquel infeliz realmente sea capaz de comprender siquiera su propio nombre.

Corrían tiempos felices en la vida de "Segoverto" (como llamaremos a mi amigo) quien bebía las mieles del amor, extasiado junto a su fermosísima novia, una dama de alta alcurnia y tan buen semblante que traía prendado el corazón de Segoverto como el que más. Quiso el aciago destino, o el útero promiscuo de aquella señorita, que un malevo día el infeliz amante la encontrase en brazos de otro mozalbete, con el que chupaba trompa desafortada en el portillo de su hogar.

El pobre Segoverto sintió morir, y arrancando su amor del pecho decidió cobrar venganza de aquella ofensa de una manera tan particular que solo en su cabeza trastocada por la afrenta podría caber. Consiguió a un parroquiano llamado Grimelio, una pobre criatura tan destartada de los sesos que junto a una lombriz resultaría aun difícil decidir cuál es más listo. Grimelio amante de dormir en los andenes y compartir su alimento con los chuchos accedió a llevar a feliz término un macabro plan por la suma de cinco mil pesos.

El plan consistía en penetrar los lindes del antejardín de la doncella, dirigirse hasta la puerta de la traidora y depositar allí un buen montículo de caca. La ira de Segoverto era tal que decidió ir antes que el zopenco contratado y hacer del cuerpo frente al portón, hecho que excitó mucho más al tonto Grimelio quien, tras salir el agraviado, se acercó hasta el lugar para cumplir con su parte del trato.

Grimelio empezó a cometer la fechoría expulsando por la cloaca tanta porquería como no se ha visto igual, pero en aquel proceso las ventosidades eran tantas y tan sonoras que no tardaron en alarmar a los habitantes del cagado sitio. El pobre Grimelio se sintió desfallecer al escuchar tras de sí la puerta que se abría y la voz furibunda del padre de la infame, quien tras lanzarle un improperio le puso la pata en las costillas, dando con el miserable de frente en el regalo de estiércol que Segoverto había dejado hacía apenas unos minutos.

Y así, el menesteroso Grimelio, sin tener velas en aquel entierro termino cagado hasta el cogote y pasando una terrible noche en el calabozo municipal.

Segoverto aún le adeuda los cinco mil pesos